

BUSCANDO EL EMPÍREO
En la obra de Muriente y Viviente se llama
“Poemas del gran amor”

*Y nosotros mismos penetramos por nuestro soplo
en cavidades de otras medidas en el sueño*

Lezama Lima

I

El espesor del vino, desbordando
de afasia los espíritus, corría
a borbotones por las venas, reventadas
en fuego de artificio, que anegaban
los vacíos del aire tumefacto.

Los cuerpos, ahitos de tediumbre,
explotaban en gritos no escuchados,
arrítmicos sonos, ecos mudos,
de telúricas canciones no aprendidas,
rebotando en los diedros calcinados.

Por newtoniana fuerza acrecentada
estirados los rostros, otros rostros
buscaban, no encontrados,
en la fronda mortal de lo sabido
sin lograr, siquiera, emanciparse.
Lo ingurgitable, despojo enmohecido
conservado de otras báquicas de olvido
con la codicia banal del usurero,
se mustiaba, agónico, en los platos,
al paio en el mar de la ansiedad.

Un arco, quebrado de espeluzno,
enlazaba los tiempos con hastío
y los brazos, pendulando de las horas,
se alargaban hasta el suelo como sierpes.

Las frentes, reflejadas en espejos
de azogue conocido de otros tiempos,
con la alquimia venal de lo diario
imitaban las frentes inconclusas
de las mágicas estatuas milenarias
que ni el más fuerte huracán desmanteló.

La bóveda cuarteó su empapelado
y los vibrantes cuarzos de las luces
fulgieron heridos por el rayo;
atronaron las oquedades vacías del espacio
y las efigies mudaron sus vestidos.

La incesante ola que porfía,
batiendo mis pies, en desnudarme
recreó un tornado agonizante
que envolvió mi presencia mutilada
en el ardiente efluviar de tu fragancia.

Comprendí que la ojiva quebradiza
se tornaba en puente vespertino
reforzado por mil vientos mal soñados
procedentes de viejos meridianos.

Trepé por las angostas escarpadas,
sembradas de anónimas torturas,
anhelando las nieves de tu cumbre.

Pero el torrente que impele la membranza,
filtrándose en vivencias cabalgantes,
suscitó aludes de impotencia:

Refugiada en lo álgido y mortal de tus anhelos,
clausurando la ventana al gnomo vislumbrado,
con el brillar, fulgente y fatuo, de la angustia yerta
convertido en almáciga de ágatas fundidas,
devoraste, inconcreta, en llagas desgarradas
las fibras más profundas de tu entraña esperanzada.

Procuré tu olor con la insistencia
de la lluvia que conforma las calizas,
mas el temor a las latentes fuerzas
de un soplo ignoto y escondido
te obligaron a huir entre la niebla
de la duda primígena naciente.
Apuré la avidez entre las brumas
de mis dendritas ahogadas en amargo,
mientras el coro de risas esbozadas,
hinchidas de obtuso desgranar
tediosos minutos incapaces,
seguía abrazando, indiligente,
a las fusas, espantadas de su tono,
desgarradas por dedos inconexos.

Los ríos huyeron de sus cauces
y los antílopes quebraron sus panoplias,
arrastrando, invencibles, cornamentas,
ojos, pezuñas y hasta huesos
sobre los surcos vesánicos del orbe;
las cuencas de los ojos se poblaron
con millares de hormigas rojinegras
que, invasoras de bulbos cerebrales,
llamaron al cuadrante de la noche,
cubriendo de tenebro la esperanza;
los nervios se aflojaron en los goznes
y la urdimbre fatal de los tendones
escindióse en mil pedazos discordantes
regando de zozobra las galaxias.

II

En polédricas rutas misteriosas,
eludiendo la luz que, como bálsamo
de suave y dulce tacto, pudiera mitigar
el dolor que un espectro te causaba,
te evadiste, veloz, de mi existencia
sin saber, asombrada, de qué huías:
esotérico fantasma no invocado
que anegaba en rojo tus pestañas
—un bermejo de amor nunca sabido—
y quebraba, violento, tus quimeras.

Te hundiste en el fragor de los compases
de cientos de timbales lacerantes,
ahuyentando de tu rostro las libélulas
confortantes de la imagen de tu angustia,
y en la lóbrega vigilia de tu ensueño,
de tu almohada, repintada con esencias
de recelo, llanto, risas y esperanza,
emergía la luz de tus pupilas
dilatadas en la búsqueda del fuego
en el que, un día, anhelaste consumirte.

Tus entrañas, ahogadas en la nieve
de vivencias ardientes no extinguidas,
acallaban con agudos de clarines
soplados por los trasgos y la nada,
recreando imágenes ya muertas
—esmeraldas quebradas que reflejan
el herir del sol en sus aristas rotas—
los abismales gritos que, fugados
como inconsútil niebla de tus dedos,
rebotaban en meteoritos y cometas.

Aprehendiendo, paso a paso, evanescencias
entre las húmedas cintas de la noche,
escarbando en las ciegas cavidades
que presentan los metales y el granito
y que, envueltas en barniz de luz y llanto,
aparejan las esencias más abstrusas,
plantando ante la sombra jaspeada
del dintel de tu vida, cual fornido
nogal que en los cimales reta al trueno,
acosé a tu alma hasta caer exhausto.

Intuyendo la gris bóveda espesa
que envolvía tu tristura en duda insomne,
procuré llegar a ti con el silencio
de una lejana canción sin pentagrama;
me afané en aunarme en la distancia
con el arco voltaico de unos mares
que bordaban efervescencias de alegría,
salpicando las cenefas de tu óvalo.
Tan sólo conseguí que no me huyeras,
aceptando mi presencia inanimada:

Encerraste mi pasión en alámbrica trinchera
de espinos y cimentaste tu alminar en un lejano
roque inaccesible, donde mi voz subía átona y ronca
—crujido de hoja seca en un cielo que se agosta—
mezclada con el eco del batir de tus latidos,
y envuelta en el silbar de un viento frío desde siempre.

Convirtiendo en ansias de luciérnagas
el regalo de tenerte junto a mí,
acepté el no ser de tu presencia
—esfinge zodiacal huera y gigante—,
congelando en gemas negirrojas
las gotas flamígeras de un río
de amor caleidoscópico y exánime.
Los sueños apresaron los erráticos
caminos dibujados por antojos
de veleidosas estrellas, sin planos
tangentes que impusieran palmaria
homotecia entre muertos espacios
abrasados de frío y un puente
inconcluso que uniera dos flores.

Las olas, descoyuntas de espuma
y energúmenas de afán reconquistante,
lamían, vehementes, los pilares
ciclópeos de tu utópica atalaya,
dibujada en un crepúsculo herido.
Y, autócrata de tu vacua esperanza,
un secreto guerrero aniquilaba
la erubescencia que, exánime, pugnaba
por quebrar de raíz tus pestañas;
y, tumescencia preñada de ahoguío
por arrancar la simiente de duda,
la azulada flor de tus venas
acallaba las ansias furtivas
de inmergirte en mi torrente esencial.

III

Cruzando irisaciones de la noche
reflejadas en la húmeda y pulida
silueta niquelada de los coches
y producto de mil y una luminarias
que el neón y la técnica transforman
en soles de epopéyico brillar,
caminamos defendiendo, suspicaces,
las posturas que, de mármol, hierro y humo
—siluetas espectrales no advertidas—,
insólitos y absurdos, adoptamos.

Indagando entre las opalescencias
de músicas y afanes pregoneros
que, en el alba aún no naciente, constituyen
mercado de evasiones y promesas,
nos hundimos, con el brillo de la frente
casi muerto por veladas nimiedades,
en las inciertas notas precursoras
de sinfónicas sonatas no tocadas
que escupía la boca de algún monstruo
devorador de sueños y de vírgenes.

El milagro surgió, inopinado,
en las vísceras del lumínico endriago,
Nos envolvió con los hálitos y efluvios
que el osmótico prodigio trasluciente
decanta, sutil, de las polícromas
damajuanas ornadoras de triedros,
a los planos trasversales que separan
las aristas perfilantes de las almas.
Y el sentido, absorto en un vértigo ciclópeo,
se dejó arrastrar hacia el abismo.

Una nota discordante se quebró
con el canto de una gota de cristal,
y el ámbito total de lo finito,
enmudecido por lo agudo de aquel trino,
huyó por las esquinas de los tiempos
descubriendo, en el místico esferoide
que se esconde entre los pliegues de los sueños,
la transparencia de la luz en el rocío.
Y, al instante, suspensos, nuestros pulsos
cabalgaron paralelos por el cielo.

El compás crecióse, efervescente,
más arriba de la más alta palabra
soportando, altivo, sus cimientos
en el duro redoblar de los tambores;
y las tripas, convertidas en cítaras
pulsadas por los dedos de las ánimas
de mil negros venidos del averno,
instituyeron contrapunto enloqueciente
al aurífero batir de los platillos
que esculpían los pináculos del ritmo:

Descendió la armonía, convirtiéndose en audible,
tan sólo, el nigromántico vibrar que es aprehendido
por el tenue magnetismo de los vellos y la fuerza
vital que se conserva en los órganos más nobles;
y la trompeta hizo surgir, demiurgo, de la nada
el tronar de su palabra argenta dominadora del cosmos.

El estridulario saxo brotó frágil,
tímido y humano, de un recodo
y, al percibir la melodía conjuntada
en corcheas y fusas rutilantes,
se creció, espumante, y como un rayo
encendió en colores los vivace,
permitiendo, generoso, al clarinete
exponer sus miríficas cuitas,
conllevadas en llantos desgarrados
por el bronco rumor de los trombones;
y un espíritu vital de negritud,
proveniente de tristezas ancestrales,
envolvió el universo con el canto
de millones de almas redivivas.

El jazz asaetó los corazones
que olvidaron el centro de su elipse,
liberando en la sangre, ya inflamada,
transportes y delirios soterrados;
las manos se perdieron en las manos
y los ojos se fundieron en los ojos,
transformando en azul todos los orbes.
Y, suscitando una alegre contradanza
murmurada en tus labios y en los míos,
anhelantes del abrazo dominante,
aspiramos, solidarios, el dolor
lacerante que, en las venas, producía
el nacimiento de un amor tan esperado.

IV

Tu presencia, ingente, transformó
el conjunto total de mi existencia,
sembrando de retamas —defensoras
del galope de la arena entre las dunas
que anegaban la aridez de mi desierto—,
las orillas de las rutas que jalonan
la andadura sin norte de mi mente.
Y las estrellas detuvieron, un instante,
su frenético danzar luminiscente
para indicarme la ruta hacia tu casa.

Fue un templo dorado de jazmines,
defensor poderoso de mis sueños,
cultivador de esencias y de sándalos
cuyos mágicos aromas embriagantes
envolvieron mis pupilas en visiones
de otros soles jamás imaginados.

Fue un templo, tu alma, todo el tiempo
que estuvieron abrazadas nuestras ansias,
y fueron sus jardines el edén
que a mi cansado querer le dio reposo.

En tu cuerpo, el mío, alcanzó el logro
de auparme hasta los astros, tantas veces
como tus manos, crisálidas de locas
mariposas, hirieron en temblores
la confusa alegría de mi piel.

En tu boca, manantial perenne
de ambrosías surgidas de la nada,
bebí, insaciable, con la sed inmensa
de la paloma malherida por el dardo,
la prístina agua de tu amor más puro.

Tus ojos, cristalizado azul
de aguamarinas extraídas de filones
no conocidos, siquiera, por los dioses,
rientes, transparentes como espejos
de un azogue de cielos y de algas,
reflejaron mis ojos que, olvidados para siempre
de su propio color, habían robado
su tibio tono de luz fosforescente
a una luciérnaga que, ebria de tu belleza,
se posó en tus párpados un día que lloraste.

Tus cabellos, aurífero cendal,
desparramados, ciegos, en la almohada
donde hundía mi rostro y mis sollozos,
se convirtieron en paño que enjugaba
la perla de una lágrima, escapada
del ansiado sin fin de un ilusión,
que, al verse realidad, quebró mi iris.
Y tu presencia, tus ojos y tu cuerpo,
tu boca, tu alma entera y tus cabellos
fueron mi inalcanzado paraíso:

Me abismé en la etérea infinitud intuida de tus formas,
sumiéndome en el vértigo de una espiral policromada
que, nacida en lo leve de un suspiro, crecía veloz,
inatacable, en las arterias, colmándolas de un fuego
incandescente que fluía hacia ti desde mis dedos,
con el vibrar agónico y grandioso que a ambos dominaba.

Los astros se apagaron en la noche
y corrieron, exultantes, a tu lecho,
sumergiendo en un silencio perceptible
a las agujas de todos los relojes,
por ver si el escondido y breve brote
nacido, entre espinas de una duda,
en un ángulo oculto de tus senos,
eclosionaba venturosos en mil colores
que tiñeran tus pestañas de certeza.
Y, silentes, confirmados sus afanes,
volaron horizontes sin confines,
esparciendo la nueva en las galaxias
que, a coro con las nubes y los vientos,
entonaron un vivífico aleluya.

Mientras, en la laxa quietud
del despertar de un lucero en el alba
de nuestra tibia noche de ternura plena,
sintiendo en mi alma, comprimida
por el alegre peso de tu cuerpo,
la dulzura de los sonos de tu nombre,
te contemplé a través de las gacelas
que prestaron el mimbres de sus arcos
al fascinante embrujo de tu dermis.
Y vi en tus labios, apenas columbrado,
ingrávido y latente, iluminando
tu plácido yacer sobre mi tórax,
el esplendor de una sonrisa pregonante
de un empíreo de amor casi infinito.